

LA CIUDAD SIN ALMA

GABRIELA MASSUH

El 2 de septiembre de 2012, enterada de que las tropas del dictador sirio Bashar al Assad acababan de entrar en la ciudad de Alepo para sofocar a quienes defendían allí la tenue primavera árabe, escribí un texto que envié por mail a familiares y amigos. Su título era “La madre de todas las batallas”.

Construida sobre ocho promontorios de escasa altura, en un oasis provisto por el río Quweiq, Alepo es la ciudad habitada más antigua del mundo. Es parte de una región que posee las primeras huellas de agricultura de la humanidad; en Haleb (su nombre antiguo) acampaba Abraham para ordeñar sus vacas. Si alguna vez existió el Edén, dicen los expertos, estaba en sus inmediaciones, tal vez doscientos km más al Norte. A cincuenta kilómetros de Alepo se encontraron las ruinas de la ciudad milenaria de Ebla cuyas tablas cuneiformes dan testimonio de la existencia de gran parte de los patriarcas del Antiguo Testamento.

Fue dominio de los hititas, los asirios, los persas; ocupada por Alejandro Magno, conquistada por los romanos y anexada al imperio bizantino. Los árabes la conquistaron en el año 637 de nuestra era. Allí vivió uno de los primeros filósofos neoplatónicos, Al-Farabi, el más importante precursor de Avicena. En Alepo hay más huellas de nuestra humanidad que en toda Europa. El zoc de la ciudad vieja se extiende hoy a lo largo de 13 km cubiertos; a su alrededor están los hamams, las viejas posadas de las caravanas, las medersas (escuelas del siglo XVII), iglesias y palacios, marcas de un tiempo ya sin tiempo. Bajo el grito de Al-watan, madre de las guerras, aquella Alepo que fue cuna de la civilización está por desaparecer, como desaparecen en el presente los vestigios del pasado mientras hacemos de la memoria un mito. Igual que Bagdad, sin despedidas, sin pena y sin gloria bajo los tanques, las metrallas y los helicópteros.

El espanto que produce la desaparición Alepo tiene un ingrediente adicional al espanto que producen todas las guerras. No se trata solo de la pérdida de vidas humanas sino del vaciamiento de una cultura ancestral cuyos orígenes atañen no solo a los que allí viven, sino a gran parte de lo que hoy llamamos civilización moderna, desde la agricultura o la ciencia hasta las diferentes formas de la fe. La muerte de Alepo es un urbicidio en escala simbólica, el emblema de algo que la supera, de una barbarie extemporánea y a la vez contemporánea. ¿Pueden morir las ciudades? ¿Qué es lo que está en juego cuando se destruye una ciudad? ¿Las ciudades se destruyen

* **Gabriela Massuh** nació en Tucumán. Hizo la licenciatura en Letras en la Universidad de Buenos Aires y obtuvo su doctorado en Filología en la Universidad de Erlangen-Nürnberg con la tesis *Borges, una estética del silencio*. Fue docente universitaria, periodista en temas de cultura y tradujo a Kafka, Schiller, Enzensberger, Rilke y Camus, entre otros. Dirigió el departamento de Cultura del Instituto Goethe de Buenos Aires durante más de dos décadas. Publicó, entre otros, *Formas no políticas del autoritarismo* (con Simón Feldman), *Benjamin en América Latina, Ex Argentina y La Normalidad* (con Alice Creischer y Andreas Siekmann), *El trabajo por venir* (con Norma Giarracca) y las novelas *La intemperie* (2009), *La omisión* (2012) y *Desmonte* (2015).

solamente en las guerras? ¿Qué desaparece con el alma de una ciudad?

El ya clásico libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982) del sociólogo norteamericano Marshall Berman respondió de alguna manera a estas preguntas. Berman pone en cuestión el supuesto potencial creativo de la destrucción capitalista (Sombart/Schumpeter), desconfiando de la fórmula por la que todo quebranto es sustituido por una instancia superadora. Berman pone en tela de juicio la idea de la destrucción en función del progreso; por lo tanto, la extinción de una especie, así sea la especie urbana, no es necesariamente indiferente. De hecho, Berman hace referencia al detrimento cultural que produjo la serie de reformas impuestas por Robert Moses, el *master builder* de Nueva York primero, de los Estados Unidos después. Con la desaforada construcción de autopistas en todo el país, Moses creó entre 1930 y 1950 lo que se conocería, sobre todo en el cine, como el paradigma del “american way of life”: pulcras familias con dos autos que viven en un insípido suburbio, matrimonios inundados de electrodomésticos que duermen indefectiblemente en camas separadas. Las reformas de Moses vaciaron las ciudades, les agregaron vastas zonas de nadie donde florecería el crimen, el peligro o las pandillas a lo West Side Story. Al mismo tiempo, tuvieron un inmenso impacto económico a la par de una influencia devastadora en la vida y la estructura social de las ciudades norteamericanas.

El interés que hoy genera la lectura de Berman radica en que escribe a partir de su propia experiencia. Su pérdida del territorio cobra la misma contundencia que genera el mismo tema en la obra de Eduard Said o de Hannah Arendt. “Cuando hablo de ruinas soy parte interesada”, confiesa Berman en 1987 al rememorar la construcción de la autopista Cross Bronx. “El sur del Bronx, donde pasé mi infancia y mi juventud, es hoy una de las mayores ruinas urbanas recientes después de Beirut”¹.

La comparación de los cambios de la ciudad con un escenario bélico puede parecer exagerada o hiperbólica. No lo es si se parte de la consecuencia: la destrucción de un hábitat infantil mítico y familiar, la pérdida compulsiva del paisaje del amparo, de un paisaje compartido con otros en la memoria común. Porque impacto de guerra es, no solo en sentido figurado, el que puede sentir cualquier desplazado de su lugar de origen, cualesquiera sean las causas que lo llevaron a moverse de allí. Es lo que seguramente siente un ancestral habitante de Palestina cuando asiste al arrebato de sus parcelas de cultivo por colonos o asentamientos. O también lo que puede sentir un conciudadano de Palermo o Parque Patricios que es obligado a vender su casa por no poder pagar los impuestos que un boom inmobiliario artificial han puesto por las nubes con la excusa de “poner en valor” el territorio que le pertenecía.

La ciudad de Buenos Aires asiste desde hace casi una década al proceso de transformación más grande (y tal vez el más inútil) de su historia. El actual boom inmobiliario que es excusa principal de la gestión política, no genera viviendas, sino que atrae inversiones en objetos de lujo, departamentos ociosos que se acumulan en Puerto Madero, Recoleta o Belgrano mientras que se avanza con excensiones impositivas y otros estímulos sobre la Boca, Villa Ortúzar, Colegiales, Saavedra o Balvanera para construir torres en lugar de casitas de una planta, arrasando con recovas, balaustres, molduras y vecindad amigable. La pregunta es de rigor: ¿Para qué, para quién se construye en una ciudad que no ha modificado su número de habitantes desde 1946? ¿Cuál es el destino *real* de ese 28% de vivienda ociosa en toda la ciudad? La construcción ha destruido el territorio urbano que nos hacía intrínseca y exclusivamente de Buenos Aires, de sus plazas, sus arboledas, su grilla abierta, su ausencia de guetos, sus veredas transitables, sus guardianes de plazas, la serenidad de sus barrios o el misterio de sus arrabales. Hemos perdido las costaneras y el acceso gratuito al Río; hemos perdido el trajinar de las enredaderas azules desde los rieles y los domingos de doble hinchada en el estadio.

Hoy todos somos tenebrosamente iguales a nuestros amigos de Facebook; los amigos de la calle, que eran diferentes, desaparecieron más allá de nuestras rejas y habitan hoy la siempre tétrica zona de nadie.

En los intersticios del *boom* inmobiliario se despliegan todos los mecanismos del maldesarrollo capitalista contemporáneo². Asistimos a una guerra en sordina, feroz y paradójica, en pos de los recursos extractivos y de ese otro recurso urbano cada vez más escaso que es el espacio público como bien común. Nos están enajenando como comunidad. El dinamismo que genera el monocultivo de soja (veinte millones de hectáreas de las 33 cultivadas en todo el país) expande la frontera agrícola a fuerza de talar bosques y expulsar gente. El excedente de ese dinamismo se invierte en ladrillos que vuelven a empujar hacia la nada a los ya expropiados. Por un lado, el cielo de la gesta del país exportador; por el otro, el infierno de los que son arrojados a la intemperie cada vez que una zona ociosa “es puesta en valor”. El cemento avanza al ritmo de los *bull dozers* del crecimiento: con una rentabilidad del 25%, mucho más que cualquier banco *off shore*, mucho más que los ininteligibles créditos *default swaps* o los fondos de inversión del universo financiero. Avanza porque el Estado quiere ganar elecciones a costa de vidas que ponen el cuerpo sin ingresar en las estadísticas del negocio inmobiliario o la gesta exportadora. Son las *collateral casualties* de cualquier guerra, muertes no deseadas que no cuentan como muertes cuando la causa (desarrollo y crecimiento) es “noble”. Esta guerra nuestra contra la

pobreza es una guerra contra los pobres. Son muertes inevitables como las que produce un dron que da en el blanco sin importar si el impacto se lleva puesto a un jardín de infantes. Para las *collateral casualties* del boom inmobiliario no hay estadísticas. No existen cifras del contingente anónimo que día tras día es obligado a abandonar el techo o la tierra que habitó.

En Buenos Aires construir se ha convertido en un fin en sí mismo, al punto de suprimirse controles, estudios demográficos previos y análisis serios de impactos ambientales, sociales y culturales. La falta de regulación beneficia solamente a un sector *minoritario* de la población; para la mayoría ha significado un profundo deterioro en materia de acceso a la vivienda y pérdida de calidad de vida. La construcción degeneró en más concentración económica, acumulación, altos índices de exclusión y pobreza. Y, sobre todo, transformó a la ciudad en económicamente insostenible y ecológicamente insustentables: todo aquel que quiera un poco de verde, silencio, cielo, potrero está forzado a internarse en un barrio cerrado. En este contexto, suponer que la construcción por sí sola genera riqueza, que aporta al desarrollo humano, social y cultural... no es solo una verdad a medias, sino una especie de comodín vacío de contenido usado por desarrolladores y políticos con idéntica pertinacia. Su consecuencia más nefasta es la pérdida del alma urbana: aquel territorio que se compartía desde la heterogeneidad, la multiplicidad y la diferencia pero conjugaba el denominador común de la pertenencia. El *boom* inmobiliario nos hace extranjeros apenas salimos de casa.

Toda ciudad con alma es un milagro; es un modesto gran triunfo sobre el tiempo. Es presente compartido, parte de lo que fuimos, historia de uso propio y común. Quienes la destruyen cometen pecado de urbicidio: la matan por desconocer su herencia y su cultura. La matan por actuar como extranjeros en suelo propio. El pecado de urbicidio es parte de un proceso autoritario por el que desaparecen no solamente los restos del tiempo, sino también esos pequeños lugares de diálogo, convivencia solidaria y resistencia, requisitos indispensables para crear lazos sociales.



¹ [Consulta en línea: <http://newint.org/features/1987/12/05/among/>]

La traducción del párrafo es nuestra.

² Svampa, Maristella - Viale, Enrique Viale (comps). *Maldesarrollo, la Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires, Katz Editores, 2014.